



FR. BERNARDINO DE SAHAGÚN.

EL Sr D. Francisco del Paso y Troncoso, mi estimado amigo y colega, había reunido muchos materiales para la biografía y bibliografía de Fr. Bernardino de Sahagún, fruto de su inmensa lectura, aguda crítica y profundo conocimiento de nuestra Historia. Es muy de sentirse que no concluyera la comenzada impresión de su trabajo, que dejó cuando supo que yo me ocupaba en el mismo asunto. Con una generosidad, rara en otros, pero muy propia de su invencible modestia, me cedió el puesto, sin considerar lo que el público y la ciencia perdían en el cambio. Hizo más, pues puso á mi disposición todos sus materiales, y después que los junté con los que por mi parte había adquirido, me favoreció con tantas noticias y desquisiciones interesantes, que después de tomar de ellas cuanto quise, y aun con las propias

palabras del autor, me quedó la pena de no haber aprovechado sino una pequeña parte de aquella riqueza, por no permitir más la índole de la presente obra, donde la biografía de Sahagún es solamente un punto accesorio. Ojalá publique algún día el Sr. Troncoso su importante trabajo; pero entretanto, además de agradecerle públicamente su valiosa cooperación, es de justicia declarar, como declaro, que este artículo debería llevar más bien su nombre que el mío.

I.

Los autores franciscanos refieren muy de paso la vida de FR. BERNARDINO DE SAHAGÚN: la escribió con alguna más extensión el Sr. Chavero en un pequeño volumen que publicó en 1877. Poco podré añadir á las noticias de tan erudito biógrafo; pero quedaría en cierta manera incompleto el presente libro, si el lector no hallase en él nada acerca de un varón ilustre, conservador de nuestra Historia, padre y maestro de los indios.

En el siglo llevó el apellido de Ribeira, (1) lo que parece indicar origen gallego ó por-

[1] *Sahagún. Estudio por Alfredo Chavero, Secretario perpetuo de la Sociedad de Geografía y Estadística de México*, 1877. En 16º, pág. 7. No he hallado esto en autor antiguo.

tugués; pero en la religión usó exclusivamente el nombre de su villa natal, siguiendo en eso una costumbre muy generalizada entre los franciscanos. Los datos conocidos no bastan para fijar la fecha de su nacimiento; mas no se errará mucho si se pone hacia el último año del siglo XV. En la universidad de Salamanca comenzó sus estudios, y estaba todavía en ellos cuando tomó el hábito en el convento de San Francisco de la misma ciudad. (1) Era aún muy joven y tan bien parecido, que los religiosos ancianos procuraban tenerle oculto para evitar ocasiones en que pudiera peligrar la virtud del apuesto mancebo. Ignoramos la fecha de su profesión, y en qué se empleó por allá hasta el año de 1529, en que pasó á la Nueva España con otros diez y nueve frailes que trajo Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo. [2]

(1) Fr. Juan de San Antonio (*Bib. Univ. Franc.*, tom. I, pág. 214), en el artículo de Sahagún dice «Cantabrica Prov. filii:» después se corrigió á sí propio (tom. III, Apéndice, c. 3 vto.), diciendo que «la Crónica de la Provincia Compostelana, le contaba entre sus escritores.» Eguiara (tom. I, pág. 425), siguió el texto de Fr. Juan, sin advertir la corrección. Beristain (tom. III, pág. 90), se expresa así. «Dejo para los cronistas de Cantabria y de Compostela, la disputa sobre la Provincia del Orden de San Francisco en que tomó el hábito nuestro Bernardino.»— La disputa es ociosa. La provincia de Cantabria fué erigida en 1551 [Gonzaga. *De origine*, &c. pág. 917], y Sahagún había tomado el hábito antes de 1529 en el convento de Salamanca, perteneciente á la Compostelana.

(2) Dícilo así expresamente nuestro autor en el Prólogo inédito de la *Arte Divinatoria* que adelante publicamos. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo salió probablemente de México en Septiembre de 1526. En 10 de Agosto

Su primera ocupación, luego de venido á esta tierra, fué la de aprender la lengua mexicana. Tal vez no le era del todo desconocida, pues por Herrera sabemos que cuando el Emperador dispuso que volviesen á su patria los indios que había llevado Cortés, «encargó á Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo

del año siguiente obtuvo una real cédula fechada en Valladolid, en la cual se mandaba á los oficiales reales de Nueva España que pagasen los fletes y pasajes de Fr. Antonio y de «hasta cuarenta frailes» que llevaba. La cédula original existe con otras en la biblioteca del Colegio del Estado de Puebla. El Vicario despachó su patente al Padre Ciudad Rodrigo el 11 de Octubre de 1528. [*Apuntes MSS. que me comunicó el Sr. Troncoso*]. Si en la *barcada* del Padre Sahagún vinieron veinte frailes, como él dice, sería porque Fr. Antonio no logró completar los cuarenta, ó porque los demás se quedaron en las islas, como solía suceder. Para mí lo más probable es que al pedir el permiso se alargó Fr. Antonio para que no le resultase corta la merced de los pasajes, y por eso le dió *hasta* para cuarenta frailes; pero no logró completarlos. Por el voto de obediencia no tenían obligación de pasar á estas nuevas regiones, y así las reclutas eran de voluntarios, por lo cual no siempre se obtenía el número deseado.—Hay otra dificultad. Sahagún, en el lugar citado, dice que después de la misión de Fr. Martín de Valencia, los primeros que vinieron fueron los padres dominicos, y «los segundos fueron veinte frailes de San Francisco de la Observancia, entre los cuales yo vine.» Mendieta menciona expresamente [lib. III, cap. 29] la *segunda barcada* de frailes franciscanos llegada á México en 1525, ocho ó nueve meses después que la primera, y añade: «Desde entonces por maravilla pasó año que dejasen de venir algunos religiosos de la Orden de los Menores á esta provincia del Santo Evangelio.» Betancurt [*Theatro*, pte. IV, trat. 1, cap. 2, núm. 6] habla de ministros llegados en los años de 25, 27 y 28. Beaumont, de una copiosa misión en 1528. (*Crónica de la Provincia de Michoacán*, tom. III, pág. 265.) Frailes sueltos vinieron muchos, entre ellos los tres primeros Tecto, Ayora y Gante; y los Padres Olmos y Alameda con el Sr. Zumárraga. De consiguiente, por más que Sahagún lo diga, no fué de los *segundos* religiosos franciscanos. Y aunque no haga cuenta de los sueltos sino de las *barcadas* ó misiones autorizadas por el rey y los superiores de la Orden, todavía fué anterior la *segunda* de que habla Mendieta, y tal vez alguna otra.

que tuviese cuidado de que fueran bien tratados en el camino.» (1) Claro es que no podía tener ese cuidado sino trayéndolos consigo; y como eran de sangre real ó personas muy principales, no habrían de venir confundidos con la gente de mar. Vendrían en clase de pasajeros, y durante la larga navegación se comunicarían de continuo con los frailes. (2) Conocido el carácter indagador de Fr. Bernardino, y puesto que iba á evangelizar á una tierra donde se hablaba la lengua mexicana, es de creer que cuidaría de prevenirse recogiendo cuantos vocablos y frases pudiese, ya que la Providencia le deparaba con anticipación tan buenos maestros, de los cuales aprendería también mucho de lo tocante á la religión y costumbres de los indios, cosa tan necesaria para los que iban á ser ministros de la conversión. Continuaría en México el estudio de la lengua con alguno de los que ya la sabían, aunque ignoramos quién fuese, y alcanzó tal perfección en ella, que según testimonio de los contemporáneos, sólo podía igualársele Fr. Alonso de Molina, criado desde niño entre los naturales. Ambos aprovecharon bien lo

[1] Déc. IV, lib. 6, cap. 4 al fin.

[2] Chimalpain, en la traducción de Gomara publicada por Bustamante en 1526 (Pte. II, cap. 62), nos ha conservado los nombres de estos indios principales que fueron con Cortés y volvieron con Fr. Antonio, menos algunos que murieron por allá.

que aprendieron. Fr. Alonso se dió al oficio de intérprete de los religiosos, al púlpito y á la composición de obras en mexicano para instrucción de los indios y de sus ministros. Fr. Bernardino siguió los mismos pasos, pues hizo Arte y Vocabulario, dejó Sermones y escribió de doctrina. A Molina le fué más propicia la imprenta; pero nuestro Sahagún le llevó de ventaja el profundo conocimiento de las antigüedades de los indios, y el lauro de historiador. Aunque trabajaban en un mismo terreno, nunca hubo entre ellos celos ni rivalidades, porque la caridad no lo consentía. El Padre Sahagún aprobó en 1555 el primer Vocabulario de su buen compañero: moraron juntos en Tlaxelolco y compartieron en paz el respeto de su provincia. (1)

De los primeros años de la residencia de nuestro historiador en la nueva tierra, sólo he alcanzado á saber que estuvo en el convento de Tlalmanalco, donde presenció un arrobamiento que tuvo Fr. Martín de Valencia, cuando fué por custodia por segunda vez, es decir, entre 1530 y 1533. (2) De ese pueblo no hay mucha distancia á los volcanes, y á los dos subió, probablemente entonces el Padre Sahagún, mejorando las haza-

(1) V. ante, pág. 222, col. 2.

(2) MENDIETA, lib. V, pte. 1, cap. 11,

ñas de los conquistadores Ordaz, Montaña y Mesa, pues éstos ascendieron solamente al Popocatepetl, mientras que el padre estuvo también en la cima del Iztaccihuatl, que por mucho tiempo se consideró inaccesible. (1) No consta expresamente qué le movió á emprender tan penosa y arriesgada expedición; pero fué sin duda el celo religioso. Los indios idolatraban y sacrificaban de preferencia en los montes, en las fuentes y en todos los lugares señalados. Ninguno tanto como esas grandes montañas, y en efecto tenían por diosa á *la mujer blanca* (Iztaccihuatl), y tributaban culto á su imagen, no tan sólo en templos de los poblados, sino también en una cueva de la misma sierra. (2) El Padre Sahagún, gran perseguidor de ido-

(1) Menciona esas ascensiones en su *Historia general*. (Tom. III, pág. 317, ed. mex.) «Hay uno [cerro] muy alto que humea, que está cerca de la provincia de Chalco, que se llama Popocatepetl, que quiere decir «monte que humea»; es monstruoso y digno de ver, y yo estuve encima de él. Háy otra sierra junto á ésta, que es la sierra nevada, y llámase Iztaccetpetl, que quiere decir «sierra blanca»; es monstruoso de ver lo alto de ella, *donde solia haber mucha idolatria*; yo la ví y estuve sobre ella.» En el *Viaje* de Fr. Alonso Ponce (tom. I, pág. 158), se habla de un fraile que subió á aquella sierra. Juan Suárez de Peralta (*Notic. Hist. de la N. E.*, pág. 89), cuenta también que un fraile, de cuyo nombre no se acordaba, «luego con cuatro ó cinco españoles y algunos indios «luego que se ganó la tierra.» Estas reminiscencias pueden aplicarse al Padre Sahagún. El Padre Durán tenía por imposible la subida al Popocatepetl y por fabulosa la hazaña de Montaña. «Me persuado, dice, á que lo han visto y lo verán pocos ó no ningunos, si no fuere alguna bruja ó nigromántico.» *Hist. de las Indias de N. España*, cap. 96.

[2] DURÁN, cap. 95.

latrías, alcanzaría noticia de ésta, y no quiso dejar de buscarla, aun exponiendo á grave riesgo su vida.

Puede ser que verificara esa ascensión cuando andaba por el valle de Puebla, donde al parecer estuvo dos veces; la una de ellas largo tiempo. Hablando de un río que se formaba de las nieves del Popocatepetl, dice que se hundía á poco y volvía á salir «entre Huexotzinco y Acapetlaoacan,» y añade: «Yo ví el origen y lugar donde se sume y el lugar donde torna á salir.» (1) En otra parte, al mencionar el Pico de Orizaba (Poyauhtecatl), dice: «Ha pocos años que comenzó á arder la cumbre de él, y yo le ví muchos años que tenía la cumbre cubierta de nieve, y después ví cuando comenzó á arder, y las llamas aparecían de noche y de día, de más de veinte leguas.» (2) Esa montaña no se descubre desde el valle de México. El tenor del pasaje demuestra que no se trata de una excursión pasajera, sino de una residencia larga. La erupción se verificó en 1545, según Muñoz Camargo. (3) Desde que estuvo el Padre Sahagún en Tlalmanalco, entre 1530 y 1533, hay hasta 1536 un vacío en las noticias de su vida, y otro de 1540 á 1545.

(1) *Historia General*, tom. III, pág. 312.

(2) *Id.*, tom. III, pág. 318.

(3) *Hist. de Tlaxcala*, MS. cerca del fin.

Podremos conjeturar que durante el primero anduvo por allá y vió la nieve de la montaña; cuando volvió en el segundo la vió también, y al cabo presencié la erupción. A poco de verificada debió de volver á Tlatelolco, pues va estaba allí aquel mismo año de 1545.

El de 1536 había fundado el Sr. Obispo Zumárraga el colegio de Santa Cruz, y el Padre Sahagún presencié la ceremonia. A poco fué encargado de dar cátedra de latinidad á los jóvenes indios, hijos de principales, que recibían allí instrucción. Era persona muy á propósito para la enseñanza. Los contemporáneos, además de instruido, nos le pintan «manso, humilde, pobre, avisado y afable á todos.» Nunca desmintió ese carácter pacífico: no era él para las grandes empresas apostólicas en que se distinguieron muchos de sus hermanos. Sin dejar de observar con toda puntualidad la regla, ni de cumplir con sus deberes de misionero, trabajaba también de otro modo más oculto, y no con menor provecho en la viña del Señor. Sus inclinaciones le llevaban al retiro, y habría preferido, sin duda, permanecer encerrado en el colegio; pero los superiores dispondrían otra cosa, y dejó la cátedra en 1540.

En los cuatro ó cinco años siguientes anduvo por el valle de Puebla, como hemos di-

cho, y acaso por otras partes. El de 1545 le hallamos otra vez en el convento de Tlatelolco. (1) Este año fué tristemente célebre en la Nueva España por la gran peste que se cebó en los indios, y el padre nos refiere que enterró *más de diez mil cuerpos*. (2) Este he-

[1] ¿Cuándo se fundó ese convento? En el *Oedulario* de Puga (tom. I, pág. 444) hay una cédula con fecha de 1º de Mayo de 1543, dirigida á D. Antonio de Mendoza, en la cual consta: que los franciscanos habían tenido *siempre* cargo de administrar la doctrina cristiana á los indios del *Tlatelulco*, que habría ocho años que dos religiosos residían en dos celdas *encima* de la iglesia; que los indios se ofrecían á hacerles una casa cerca de la misma iglesia, y que Fr. Jacobo de Testera había suplicado al rey que la mandase hacer. El rey ordena á Mendoza que examine el caso juntamente con el obispo de México, y si convenía, dispusiera que *queriendo los indios*, se hiciese la casa, con tal de que «la iglesia de Santiago quedase sujeta al ordinario, como lo estaba, sin que por causa del nuevo edificio adquirieran los religiosos derecho alguno en la misma iglesia.»—Para que la cédula llegara y fuera obedecida se necesitaba algún tiempo. ¿No sería Sahagún el primer guardián, y se le haría venir del valle de Puebla, para que diese calor á la fábrica con su influjo en los indios de Tlatelolco, entre los cuales ya había residido cuatro años educándolos, y probablemente administrándolos? Así se explicaría su vuelta á aquel lugar en 1545.—En 1571 había en el convento «cuatro frailes moradores: los tres de ellos sacerdotes y el uno lego. De los tres sacerdotes, los dos son confesores y predicadores de españoles y de indios, y el tercero no más que confesor, así de indios como de españoles.» Dentro de la población principal había ocho iglesias, una de ellas la de Santa Ana. (*Códice franciscano*, MS.)—En 1586 estaba acabado «con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta.» (*Viaje* de Fr. Alonso Ponce, tom. I, pág. 232.)

[2] «El año de 1555 hubo una pestilencia grandísima y universal, donde en toda esta Nueva España murió la mayor parte de la gente que en ella había. Yo me hallé en el tiempo de esta pestilencia en esta ciudad de México, en esta parte del Tlatelolco, y enterré más de diez mil cuerpos, y al cabo de la pestilencia díome á mí la enfermedad, y estuve muy al cabo.» (*Hist. General*, tom. III, pág. 328.) La fecha de 1555 es errata notoria de la edición mexicana. En la de Kingsborough está la de 1543, que es la verdadera: confirmada indirectamente por Sahagún mismo en la página citada, y antes en la 84.

cho nos parece indicar que moraba allí como conventual ó superior encargado de la administración y no como catedrático del colegio. El modo de enterrar á los muertos, que era abrir grandes fosas en los cementerios de las iglesias, donde echaban ochenta ó cien cadáveres juntos, (1) explica que habiendo enterrado tantos el Padre Sahagún, le alcanzase el contagio hacia el fin de la epidemia en 1546. Probablemente le llevarían al convento grande de México, donde estaba la enfermería. Poco faltó para que su obra de misericordia le costara la vida, pues se vió *muy al cabo*, es decir, á los últimos. Si el término de su enfermedad hubiera sido funesto, nos veríamos hoy privados de sus grandes trabajos históricos; mas quiso la Providencia conservarle todavía muchos años para bien de sus contemporáneos y de las generaciones futuras.

Difícil es dar mediano orden cronológico á los sucesos de la vida de Fr. Bernardino. Mendieta dice de él que «en su juventud fué guardián de principales conventos;» pero que después, «por espacio de cuarenta años, se excusó de ese cargo.» (2) Conjeturamos que una de las guardianías fué la de Xochimilco, que era «convento principal.» Betan-

[1] DÁVILA PADILLA, lib. I, cap. 39.
[2] Lib. V, pte. 3, cap. 41.

curt, escribiendo á fines del siglo siguiente, le calificaba todavía de «uno de los grandes que tiene la provincia, casa de estudios de Artes y de Teología algunas veces, donde se han celebrado capítulos provinciales.» [1] Para creer que el Padre Sahagún fué allí guardián, tenemos este pasaje de su *Historia*: «Hay otra agua ó fuente muy clara y muy linda en Xochimilco, que ahora se llama Santa Cruz, en la cual estaba un ídolo de piedra debajo del agua, donde ofrecían copal: yo ví el ídolo y entré debajo del agua para sacarle, y puse allí una cruz de piedra que hasta ahora existe en la misma fuente.» (2) Para haber averiguado la existencia del ídolo y el lugar en que se hallaba, era necesario algún tiempo; y el hecho de haber ido á sacar del agua la figura, sustituyéndola con una cruz, fué acto de autoridad más propio del guardián del convento, que de un simple religioso transeunte. El Padre Sahagún, conocedor ya de las idolatrías que los indios ocultaban con tanto empeño, aunque las mezclaban en todo, desconfiaba mucho

(1) *Theatro*, pte. IV, trat. 2, cap. 3, núm. 120.

(2) Tomo III, pág. 321.—Entre los pueblos de visita de Xochimilco, cuenta Betancurt (*Theatro*, pte. IV, trat. 1, cap. 2, núm. 123) el de *Santa Cruz Acalpixcan*, que puede haber sido el lugar de ese suceso. El nombre mexicano significa *lugar* (can) del *mayordomo* [calpixqui] del *agua* (atl); y junto con el de *Santa Cruz*, se acomoda bien á la conjetura.

y sabía bien descubrirlas. Antes le vimos emprender la atrevida ascensión á los volcanes: ahora entrar al agua, sin fiar á otra persona el cuidado de sacar el ídolo, dando así ejemplo á sus compañeros, más confiados que él en la sinceridad de la conversión de los indios. Al mismo tiempo realizaba á los ojos de éstos la importancia de destruir y borrar todo vestigio del antiguo culto. Gran diferencia había entre dar á cualquier indio el encargo de sacar la piedra, y entrar al agua el superior del convento para ejecutar por sí mismo la desagradable operación. No puedo fijar la fecha de este suceso. Cuando le refería el padre en 1576 era ya antiguo, como se colige de la frase «hasta ahora existe la cruz.» Si casi cuarenta años se excusó de desempeñar guardianías como dijo Mendieta, tuvo la última hacia 1551; mas no nos consta que esa última fuera la de Xochimilco. Otro dato tenemos para creer que moró en aquel pueblo, y es que á petición de los vecinos tradujo al mexicano la Vida de San Bernardino, titular de la iglesia.

Su ya larga residencia en la provincia, la importancia de los cargos que había servido en ella, y su reconocido mérito le designaban para puestos más altos. En 1552 era definidor, según aparece de una carta dirigida al Emperador por la Congregación Ca-

pitular de la Provincia del Santo Evangelio en Octubre de ese año, que él firmó con los otros padres. (1) Verdad es que no añade á su nombre el título de definidor; pero de la regla que se seguía para formar esas Congregaciones se deduce que el padre Sahagún no pudo firmar sino con tal carácter. Volvió á tenerle más adelante, y en tristes circunstancias, como veremos. Le honra haber puesto su nombre junto á los de varones tan beneméritos de la orden como Fr. Francisco de Bustamante, el gran predicador; Fr. Juan de San Francisco, electo después obispo de Yucatán; Fr. Toribio de Motolinia, Fr. Juan de Rivas y Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo; estos tres de los doce primeros; Fr. Juan Focher, luz de la Iglesia mexicana, y el insigne catedrático Fr. Juan de Gauna.

El P. Sahagún fué por visitador á la custodia de Michoacán, encargo que no se confiaba sino á religiosos muy graves y aprobados. El viaje debió de ser breve por la naturaleza misma del negocio y porque el padre habla muy poco de los tarascos en su *Historia*. Conjeturo que se verificaría antes del año de 1558, porque desde entonces estuvo ya enteramente ocupado en recoger

[1] *Cartas de Indias*, págs. 121, 122.

y coordinar los materiales para su obra: trabajo que duró hasta 1566, por lo menos, cuando ya la custodia de Michoacán estaba erigida en provincia.

No puedo fijar exactamente la fecha en que el padre volvió al colegio de Santa Cruz para ya no salir de él. Hay muchas probabilidades de que no fué antes de 1570, sino acaso después. En ese año era guardián del convento de México Fr. Diego de Mendoza que con el provincial Fr. Miguel Navarro dió favor para que se sacara la copia de la *Historia* concluida en 1569 y presentada al Capítulo de 1570. Se explica bien que el guardián favoreciera á uno de sus conventuales, y sería extraña esa protección tratándose de un morador de otra casa. Además, Sahagún había consultado primero su obra con los acolhuas de Tepepolco, después con los tlaltelolcas de Santiago, y al último con los mexicanos: en México dió, pues, la última mano al trabajo, y se copió todo en limpio de buena letra en 1569. Finalmente, no hay dato para afirmar que estuviera en Tlatelolco antes de 1572: entonces es cuando ya aparece interviniendo en los asuntos del colegio, aunque ignoro con qué carácter. Procuró siempre sus aumentos, añadiéndole aposentos y aulas. Pasó allí el resto de su vida, ocupado siempre,

así en la composición de sus obras como en el cuidado y dirección de sus discípulos, quienes le correspondían ayudándole gustosos, y mucho, en los trabajos que traía entre manos. No era propiamente un maestro ó superior, sino un padre rodeado de sus hijos.

La parte que aquellos colegiales tomaron en los escritos de los misioneros no ha sido todavía debidamente conocida y apreciada. Pagaban la instrucción que recibían, empleándola en cooperar á los santos fines de sus maestros. Da sincero testimonio de ello el mismo P. Sahagún: «Si sermones, postillas y doctrinas se han hecho en la lengua indizna que puedan parecer y sean limpios de toda herejía, son los que con ellos (los colegiales) se han compuesto; y ellos, por ser peritos en la lengua latina, nos dan á entender las propiedades de los vocablos y las de su manera de hablar; y las incongruidades que hablamos en los sermones ó escribimos en las doctrinas, ellos nos las enmiendan; y cualquier cosa que se ha de verter en su lengua, si no va con ellos examinada no puede ir sin defecto; ni escribir congruamente en la lengua latina, en romance ni en su lengua, por lo que toca á la ortografía y buena letra, no hay quien lo escriba si no es los que se crían.»

(1) En otro lugar de la presente obra veremos que el P. Sahagún no fué el único que disfrutó de tan poderoso auxilio: le obtuvo asimismo el P. Fr. Juan Bautista y es de creerse que también otros escritores, aunque no lo hayan confesado. Gloria es de aquellos estudiantes indígenas, pero no menos de sus maestros, que despreciando ataques de espíritus apocados y mezquinos franquearon á los indios las puertas del saber, y supieron aprovechar, tanto como después agradecer públicamente, su valiosa cooperación. Aquel admirable período de estrecho consorcio de ambas razas, fundado por la Religión y abrigado por ella en el claustro contra las agitaciones del mundo, no debía ser, por desgracia, de larga duración.

Hemos seguido, en cuanto nos ha sido posible, los pasos al P. Sahagún, y con sólo eso queda rectificado un punto importante de su biografía. Generalmente se cree que desde la fundación del colegio de Tlatelolco pasó allí, con pocas interrupciones, si acaso, el resto de sus días, consagrado por entero á la instrucción de los naturales. Las vicisitudes mismas del establecimiento lo habrían impedido. El P. Sahagún nos informa

[1] *Historia General*, tom. III, pág. 89.

de que los frailes enseñaron á los colegiales y estuvieron con ellos «*más* de diez años,» esto es, desde la fundación hasta 1546 ó 47. En este primer período sirvió cuatro años la cátedra de latinidad. Después, prosigue diciendo, los frailes dejaron que los indios «leyesen y se rigiesen á sus solas por *más* de veinte años» (1546-1566). Claro es que si los colegiales desempeñaban las cátedras (que eso se llamaba *leer*), y se regían por sí mismos, nada tenía que hacer entre ellos el P. Sahagún. (1) El colegio anduvo muy mal en manos de los indios, de suerte que los frailes tuvieron que tomar de nuevo la dirección en 1573, y el padre asistió á aquel acto, como había presenciado la fundación en 1536. De ésta á la reforma pasaron, pues, treinta y siete años; y como Sahagún nos da los dos términos de *diez* y *veinte años*, con la añadidura de un *más* á cada uno, entre éstos se reparte la diferencia de los siete años. Solía atenerse á números redondos, y por eso en otro lugar nos dice que la reforma se hizo á los *cuarenta años* de la fundación, (2) lo cual no es posible,

[1] Sin embargo, alguna intervención conservaron los frailes, pues en Enero de 1552, cuando se notificó al rector Pablo Nazareo y á los colegiales la donación que D. Antonio de Mendoza les hizo de unas estancias, asistió á todas las diligencias Fr. Antonio de Grado, *presidente del colegio*.—*Códice de Tlaltelolco*, MS. del Sr. Chavero.

[2] *Hist. Gen.* tom. III, pág. 81.

porque habría que fijar aquella en 1576, y el padre, que escribía ese mismo año, habla de ella como de cosa pasada. Consta que en 1572 era todavía rector del colegio el indio Martín Jacobita, aunque el P. Sahagún presenciaba la rendición de cuentas del mayordomo. El año siguiente de 1573 corría ya con la administración del establecimiento. (1) De suerte que lo más que podemos contarle de residencia *activa* entre los colegiales, son los cuatro años de cátedra y los diez y siete de administración, hasta 1590; si bien es de creerse que hacia el fin de su vida estaría ya descargado de toda ocupación.

Sus últimos años fueron acibarados por las discordias de su provincia. Bien descubrió su carácter retraído y enemigo de ruidos el mal desempeño del papel que le tocó en las escandalosas diferencias suscitadas entre el Comisario Fr. Alonso Ponce, y el provincial Fr. Pedro de San Sebastián. Los cronistas de la orden pasan por estos sucesos como gato por ascuas; pero es sabido, y con todos sus tristes pormenores, que el P. Ponce vino en 1584 con el carácter de Comisario General de la Nueva España, y que el provincial no tan sólo se negó á per-

[1] *Códice de Tlaltelolco* MS.

mitir que visitase la provincia, sino que le hizo prender y arrojar de ella con violencia, apoyándose en el favor del virrey Marqués de Villamanrique, y más todavía en el de la virreina Da Blanca de Velasco. Muchos y graves fueron los escándalos que de ello se siguieron, y por desgracia tocó á nuestro buen P. Sahagún parte no muy honrosa en ellos. En el Capítulo celebrado el 29 de Junio de 1585 había sido nombrado primer definidor: el número de cuatro se empleó con los PP. Fr. Rodrigo de los Olivos, Fr. Pedro de Requena y Fr. Francisco Vázquez. Cuando caminaba después preso, vía de Guatemala, el P. Comisario, viendo que no le permitían ejercer su oficio, dispuso, á 9 de Marzo de 1586, que nuestro Fr. Bernardino fuese tenido por Comisario Provincial y rigiese la Provincia. Así correspondía conforme á las Constituciones; pero no pudo haber persona menos á propósito para hacer frente al bravo provincial, que un anciano casi nonagenario, pacífico por carácter, ajeno toda su vida á intrigas, alejado hacía tanto tiempo aun de los negocios ordinarios de la orden, y que más bien debería el puesto que entonces ocupaba á sus méritos y servicios, que á su aptitud para desempeñarle. Con un Fr. Toribio de Motolinia ó un Fr. Jerónimo de Mendieta habría debido ha-

bérselas Fr. Pedro de San Sebastián. El resultado fué cual debía esperarse. El pobre Fr. Bernardino obedeció y tomó á costas la carga; pero le duró poco, porque tan pronto como el Virrey le mandó llamar y le pidió la patente, se apresuró á entregársela y renunció el oficio de Comisario. Hizo más, porque á 8 de Abril de 1586 declaró por escrito que reconocía por verdadero y legítimo prelado al provincial Fr. Pedro, y que las censuras y excomuniones del Comisario General no obligaban ni ligaban. Tal declaración de un sacerdote anciano y venerable, que había llegado á ocupar el puesto de Comisario Provincial, sirvió de mucho á los encarnizados enemigos del P. Ponce.

Quedó Sahagún en el puesto de definidor, y en 16 de Mayo del siguiente año de 1587 firmó con los otros una carta que fué entregada al P. Comisario, en la cual le desconocían como á tal, y únicamente le ofrecían respetarle como á Padre de las Provincias de Nueva España. Todavía á 6 de Julio del mismo año aparece su firma en una petición dada á la Audiencia contra la declaración hecha por ella de ser legítimo Comisario el P. Ponce. Éste, á pesar de su gran mansedumbre y paciencia, se resolvió al fin á emplear las armas espirituales contra los inobedientes. El 9 de Diciembre declaró

excomulgados á dos de los definidores, entre los cuales no sabemos si sería uno nuestro Sahagún; pero quedó comprendido indudablemente en la segunda declaración, hecha diez días después, porque esa se extendió ya á los cuatro. El oficio de definidor hubo de durarle casi hasta el fin de su vida, pues el Capítulo siguiente se celebró el 22 de Enero de 1589. (1)

A la verdad no nos hallamos con ánimo para condenar severamente en el anciano religioso una flaqueza muy disculpable y redimida de antemano con tantas virtudes y tan largos años de eminentes servicios. El revoltoso provincial Fr. Pedro sabía bien que el P. Ponce debía continuar ejerciendo su oficio, á pesar de haberse elegido nuevo General de la Orden: éste se lo había comunicado, pero él lo ocultaba y fingía no conocer tal determinación, porque así convenía á sus miras. En esa intriga cayó inocentemente Sahagún. No hemos de ser con él más severos que lo fué el Comisario mismo, quien disculpaba á los frailes que le desconocieron, diciendo que firmaron lo que no entendían: deseaba acórcarse á ellos y encontrarles alguna excusa. (2) En esas acaloradas

(1) *Viaje del P. Ponce*, tom. I, págs. 78, 238, 250, 251, 280; tom. II, 156, 216, 282, 287, 299.

[1] *Viaje del P. Ponce*, tom. II, págs. 219, 255, 415-16.

disputas, cuando por ambas partes se alegan autoridades y el derecho anda en opiniones, la verdad se oscurece y fácilmente se puede errar de buena fe.

La avanzada edad de nuestro Sahagún no le consentía ya larga esperanza de vida; pero acaso aquel disgusto vino á acelerar el forzoso término. Desde fines de 1589, y por el año de 1590 corrió en México una enfermedad que llamaron *del catarro*, aunque á la cuenta debió de ser cosa más grave, y ella se llevó al anciano misionero. Dejamos la palabra á su contemporáneo Mendieta, cuya narración perdería mucho de su agradable sencillez y naturalidad, si nos atreviéramos á ponerla en otros términos: «La manera de su muerte fué que dándole la enfermedad del catarro que el año de mil quinientos y noventa corrió generalmente, temiendo los sacerdotes mancebos que se les fuese entre las manos, importunábanle que se dejase llevar á la enfermería de México para ser curado; ó á lo menos ya que no quería curarse, enterrarse entre los santos viejos sus compañeros, como él mismo lo deseaba. A lo cual él les respondía, diciendo: «*Callad, bobillos, dejadme, que no es llegada mi hora.*» Mas tanta priesa le dieron, que por no serles pesado hubo de ir á la enfermería, y dijo al enfermero: «*Aquí me hacen venir*

aquellos bobillos de mis hermanos, sin ser menester.» El enfermero le regaló algunos días, con que se volvió á su convento de Tlatelolco, y al cabo de algunos días volvió á recaer, y entonces dijo: «Agora sí que es llegada la hora.» Y mandó traer ante sí á sus hijos los indios que criaba en el colegio, y despidiéndose de ellos, *fué llevado á México*, donde acabado de recibir devotamente todos los sacramentos en el convento de San Francisco, murió y está allí enterrado.» [1] Torquemada, que pudo ser testigo presencial, copia lo de Mendieta, y añade que al entierro «concurrió mucha gente, y los colegiales de su colegio con hopas y becas, haciendo sentimiento de su muerte.» (2)

El Sr. Chavero asienta que murió y fué enterrado en Tlatelolco. (3) Mendieta, su copiante Torquemada, Betancurt, y á mi parecer aun el pasaje mismo de los *Anales Mexicanos* que cita el Sr. Chavero en comprobación de su aserto, están concordantes en lo contrario. Para formar juicio de ese pasaje, hay que tomar de un poco atrás sus antecedentes. Hélos aquí:

“1589. El día 30, por la tarde, del mes de Diciembre comenzó á habitar nuestro padre

(1) Lib. V, pte. 1, cap. 41.

(2) Lib. XX, cap. 46.

(3) Pác. 107.

Juan Gonzalo (*sic*) en Huehuetlán de la Visitación; pero desgraciadamente en la tarde del lunes del mes de Enero del año nuevo falleció. En el referido día, mes y año murió también el guardián de Tlacopan, Fr. Andrés de Torres, y según se dice fué sepultado dentro del mismo S. Francisco. Igualmente murió en el convento de S. Agustín otro sacerdote que era prior de allí.

“1590. En este año 7 Conejo, á 4 de Enero, murió el P. Fr. Bartolomé González, que era capellán de Tlacopan y fué sepultado *también* dentro del convento de S. Francisco. En el mismo día, mes y año murió otro padre llamado Fr. Pedro de Trueba: *ambos fallecieron de una fuerte tos.*

«El día 5 del mes de Febrero de 1590 murió nuestro querido y venerado padre Fr. Bernardino de Sahagún, que se hallaba en Tlatilolco. Fué sepultado *también* dentro de la iglesia de S. Francisco, á cuyo acto asistieron todos los principales y señores de Tlatilolco.»

Este último párrafo es el que copia el Sr. Chavero. Ya se advierte que el *también* de Sahagún viene enlazado con lo que le precede, referente á otros padres enterrados en el convento de S. Francisco de México. El *se hallaba* en Tlatelolco sólo quiere decir que *moraba* allí habitualmente. La en-

fermería, construida por el Sr. Zumárraga, estaba en el convento de *México*, y á ella eran llevados todos los religiosos que en distancia proporcionada adolecían. No consta que hubiera otra en Tlatelolco. Deseaba el buen padre ser enterrado «entre los santos viejos sus compañeros,» y para obsequiar ese deseo era necesario enterrarle en S. Francisco de *México*, donde reposaron los restos de muchos de aquellos varones insignes, hasta que el soplo vandálico de la revolución vino á dispersarlos.

Los *Anales* citados ponen la muerte del P. Sahagún el 5 de Febrero de 1590. Betancurt, en su *Menologio* el 23 de Octubre del mismo año. Fr. Juan Bautista, en el prólogo de su *Sermonario*, la señala en 1591. En realidad ni Mendieta ni Torquemada dicen que muriera en 1590, sino que en ese año corrió la enfermedad del *catarro* que le llevó; mas como ésta comenzó á fines del anterior, no es creíble que durara tanto tiempo cuanto sería necesario para que Sahagún muriera de ella en 91. La fecha de Fr. Juan Bautista no me parece, por lo mismo, aceptable, y la duda queda entre la de los *Anales* y la de Betancurt. Me inclino á la primera, por corresponder al período de mayor fuerza de aquella epidemia.

II.

La bibliografía del P. Sahagún es quizá la más difícil de nuestra literatura. Ocupado casi cincuenta años en escribir, no solamente trabajó muchas obras, sino que á estas mismas dió diversas formas, corrigiéndolas, ampliándolas, redactándolas de nuevo y sacando de ellas extractos ó tratados sueltos que corrían como libros distintos. Ya escribía en español, ya en mexicano, ya agregaba el latín, ó daba dos formas al mexicano. Hasta de la escritura azteca en jeroglíficos se valió, por mano de los indios, para el primer bosquejo de su *Historia*. De aquí que muchas veces sea imposible identificar las obras por sus títulos, porque varían en ellos los que las citan. La *Historia*, en particular, pasó por numerosas transformaciones.

Temeroso de cansar á los lectores, pensé renunciar á toda tentativa de dar aquí la bibliografía de tan intrincado autor, contentándome con mencionar lo impreso; pero esto es tan poco, que ni remotamente podía dar idea de lo que fué Sahagún como escri-